

LA EDUCANDA.

Periódico de Señoritas.

Los artículos contenidos en este número son propiedad.

SUMARIO. Educacion é instruccion, por don A. Pirala.—La entrada en el mundo, por doña Angela Grassi.—Juegos de niños: Las cuatro esquinas, por P.—Clemencia [continuacion], por doña Joaquina G. Balmaseda.—Ardid de un músico.—**GRABADO:** Las cuatro esquinas.—**LAMINA:** Pliego de Dibujos y Patrones.

EDUCACION É INSTRUCCION.

CONSIDERACIONES.



LEGAMOS á la conclusion de estas observaciones, en las que nos hemos extendido por considerarlas de importancia, porque todo lo que contribuya al esclarecimiento de lo que constituye la educacion é instruccion de la niña, y por consiguiente de la mujer, importa mucho á la sociedad.

El corazon de la infancia presenta difíciles intervalos; aquel en que las gracias de la primera edad desaparecen, en el que se siente el peso de las lecciones, y en todos aquellos que se nota ó se precisa una variacion. Las mismas niñas conocen entonces el cambio, porque ven el de sus gustos, el de sus exigencias, y esta es la ocasion en que comprenden si tienen que arrepentirse de la conducta pasada, porque los errores se conocen y se lamentan por las consecuencias. Pero de cuán poco tendrá que lamentarse la niña acostumbrada á la obediencia y á la aplicacion? Los estudios mas necesarios no han sido siempre los mas interesantes en su concepto, porque en la niñez se está muy lejos de conocer el valor inmenso de la instruccion.

Desde el principio de la enseñanza hemos desdeñado prometer diversiones para obligar ó estimular la aplicacion. La promesa de un placer, siempre incierto, priva á las niñas de una satisfaccion bien segura, cual es la de haber cumplido su deber, sin necesidad de ningun estímulo; y era á la vez mas moral y mas exacto que se tratase del deber que no del placer en los estudios, porque cada cosa tiene su aplicacion, y en cada tiempo se hallan recursos que aplicar.

2.^a ÉPOCA.

El principal está en las mismas niñas, que deben prestarse con bondadosa docilidad á cuanto de ellas se exija, porque todo es por su bien; y á nadie como á ellas conviene y es útil asociarse á todos los deseos, á todos los trabajos de la madre y de los maestros, y asociarse no solo con bondad sino con justicia y con interés. El restablecimiento de los buenos hábitos interrumpidos, el observar las reglas puestas en vigor, la distribucion de las lecciones en el dia, el juicio del efecto moral ó fisico que pueden producir ciertos placeres, todo esto que es objeto de deliberaciones pacíficas, se debe ejecutar de acuerdo con la opinion de las niñas, cuando se hacen dignas de que su opinion sea admitida, cuando merecen se tenga en ellas la debida confianza, por responder á ella los buenos sentimientos de su corazon. Así se obra entonces voluntariamente y no por la esperanza de la recompensa, la cual debe venir cuando no se la espera, para que sea mas eficaz y mas apreciada.

De esta manera han ido aprendiendo y conociendo las niñas lo que hay de íntimo y de sagrado en la familia, en las relaciones, en los hijos y en los padres, y convenciéndose que no están sometidas al dulce yugo paternal mas que lo que exige la ley comun y el mismo deber que obliga á los hijos á la obediencia, aunque esto prescriba algunas veces á los padres justos rigores. Así se va notando un progreso constante en el bien, un deseo habitual de igualar ó exceder al modelo que se presenta á la niñez.

Cuando se toma por base la moral religiosa, no pueden menos de obtenerse tan benéficos resultados, y esto mas que en la familia se observa considerando la masa del pueblo; y entonces se comprende lo necesaria que es la influencia del cristianismo, la cual une los corazones, concilia las voluntades, é infunde en todos ese principio de justicia, de equidad, de benevolencia, que inspira como un interés comun y que produce la caridad.

Con ella en el corazon ya puede ir la niña á al-

ternar con sus compañeras de colegio, ya puede dejar la educacion é instruccion que desde la mas tierna edad recibe en el hogar, y al entrar en ese pequeño mundo que, no porque le compongan las niñas deja de tener sus pequeñas miserias, porque no faltan en él envidias y rivalidades, celos y pasiones, y no deja de ofrecer tanta enseñanza como el grande, y prepara desde luego para entrar en este, llevando aprendido algo de lo que tanto se ha menester.

Nada, pues, hay que temer llevando en el corazon y en el alma bien impresas las lecciones de una madre virtuosa é ilustrada, los sanos consejos de cuantos han rodeado los tiernos años de una niña.

Y ¿cuán satisfactorio debe serle á ésta poder presentarse entonces entre sus compañeras como un modelo de juicio y de bondad? Si se consigue este puesto, no por esfuerzos de vanidad ó amor propio, ni por el vano afán de figurar, sino porque le conceden los propios merecimientos, sin hacer alarde de ellos, sino por demostrarlos cuando hay precision de hacerlo, no hay posicion mas envidiable que la de una niña en estas circunstancias. Puede estar satisfecha entonces de los sinsabores que le haya costado la enseñanza, puede estarlo de sí misma; y honrándose á sí honra á sus padres, que sobre ser un Mandamiento de la ley de Dios, es un deber filial y social, es una virtud que obtiene siempre su recompensa, y dá la fundada, la segura esperanza de que la que ha honrado á sus padres, la que es buena hija, se verá honrada también por sus hijos, porque será buena madre y lo serán sus hijos; la recompensa del bien, jamás tiene límites.

A. PIRALA.

LA ENTRADA EN EL MUNDO.

IX.

De Leonor á Adela.

Permanecí algunos instantes sin voz ni movimiento. Estaba corrida, avergonzada, fuera de mí.

En medio de mi confusion, me pareció que debía decir algo para ocultarla, y exclamé sin saber apenas lo que hablaba.

—Rosa? quién es Rosa?

—Aquella jovencilla de ojos azules y cabello rubio, que concurre á casa de la Marquesa y que te gusta tanto? respondió Jacinta.

¿No sabes? la que canta con una ternura indecible esas poéticas baladas alemanas? Tú misma has dicho que te es muy simpática y agradable.

—A mí? Jesus! exclamé con desden.

Aquellos elogios acabaron de exasperarme.

—Tan pálida! proseguí abandonándome á mi despecho, tan sin gracia! Y luego viste muy mal. ¿Quién le hará los vestidos?

—Ella! respondió Rafael con tono algo severo; no estarán tan bien hechos como los que á Vd. la hace su modista, pero tienen el mérito de que ocupan sus ratos de ocio, y disminuyen los gastos de su padre.

Esta leccion amarga me irritó.

—Pues el otro dia estaba muy linda con su vestido azul, dijo Jacinta, que parece siempre empeñada en contrariarme.

—Linda! exclamé sin poder contenerme, parecia una figura arrancada de un tapiz!

—Creo que exageras y estas algo injusta esta tarde?

—Y luego tan gazmoña!

—Diga Vd. modesta y virtuosa! exclamó Rafael con fuego.

—Los hipócritas suelen engañar al mundo con su capa de virtud!

—Pero tú qué tienes que decir de ella? dijo Jacinta; cuyo curioso instinto se despertó al instante; tú algo sabrás cuando hablas de este modo?

—Muchas, muchas cosas, si quisiera decirlas!

—Muchas cosas contra ella? exclamó Rafael estupefacto.

—Cuáles, dí? preguntó ávidamente Jacinta.

—Muchas cosas! repuse con la terquedad del niño que se encierra en una sola idea.

—Leonor, repuso Rafael con tono solemne, no se debe desgarrar la honra ajena sin tener pruebas incontestables! Piense Vd. que la murmuracion y la calumnia son armas indignas de una mujer honrada; piense Vd. que la mujer que las esgrime, es mas criminal que el asesino que hunde su daga en un pecho indefenso, porque éste se espone á la anatema y al castigo de los hombres. Si ha hablado Vd. con ligereza retracte sus imprudentes palabras; sino exijo que me manifieste los motivos que la han inducido á pronunciarlas!

No podía retroceder: me atacaba en mis últimas trincheras.

Por un instante se ofreció á mi mente la idea de confesar mi ligereza, pero el orgullo me contuvo.

—Mi doncella, dije, ha servido en casa de Rosa, y me ha contado cosas horribles. Cuanto, cuan distinta es, de como se presenta en sociedad: holgazana, dejada, caprichosa....

—Esto nada tiene que ver con su virtud! exclamó Rafael encogiéndose de hombros, al caso, al caso!...

—Pues bien, respondí, perdida ya la razon, ha tenido un millon de amantes, á los cuales daba cita,

ya en la iglesia, ya en el teatro, y ya en su mismo aposento, sin que sus padres lo supiesen.

Uno en particular, un oficial que murió en la guerra de Africa, y por quien, como todos saben, se consideró en el deber de llevar luto.

¡En medio de mi exaltacion no comprendí toda la fuerza de estas horribles palabras!

Sin embargo, mi ángel bueno debió cubrirse con sus alas al oirlas, porque me abrasaron los labios.

Al punto sentí un dolor inmenso en el corazon, y que las lágrimas se agolpaban á mis ojos.

Me levanté asustada de mí misma, corrí á ocultarme en un bosquecillo de cipreses, y empecé á llorar con tal fuerza, que mis sollozos llegaron hasta los oídos de Jacinta y de Rafael.

Ambos acudieron presurosos, y mientras la primera me dirigia mil preguntas impertinentes, el segundo murmuró en mi oído, con voz dulce y melancólica.

—La que no es indulgente con los otros, no halla indulgencia para sí!

Incliné la cabeza sobre el pecho, no respondí; pero no me retracté de lo que antes habia dicho.

¡Oh, cuánto deseaba que se alejasen! Oh, cuánto deseaba que me dejaran llorar en libertad!

Cuando llegó la noche, cuando pude retirarme á mi aposento, me arrodillé á los piés de mi amado Crucifijo, y le pedí el perdón de mis errores.

Pero la plegaría no desahogó mi pecho como otras veces, no calmó mi espíritu agitado: es que á todas mis palabras respondia una voz inflexible desde el fondo de mi alma; *no, no!* y era la voz de mi conciencia.

Me tendí en el lecho y no dormí; el lecho me parecia de espigas.

En medio de la oscuridad, veia flotar delante de mis ojos la pálida imagen de Rosa, que me reconvenia dulcemente.

Escuso decirte, que en cuanto habia propalado contra ella, solo habia un hecho cierto, y era el del luto que habia vestido por un bizarro oficial destinado á ser su esposo.

Se pasaron ocho dias.

Una noche en que asistia á la tertulia cotidiana de la Marquesa, nos pusimos á jugar á juegos de prendas.

Rosa, tímida, modesta y enemiga de los placeres tumultuosos, permanecia junto á su madre.

La Marquesa la rogó que cantase.

¡No puedes figurarte cuán dulce es su voz, y cómo sabe hacer resonar las fibras del corazon!

Concluyó la balada entre espontáneos aplausos.

—Qué bien canta! dijo una jóven de las que formaban el corro.

—Sí! respondió otra, pero si supieras lo que me han dicho de ella!...

¡Oh, Adela, mi querida Adela, empezó á referir palabra por palabra cuanto yo en mi despecho habia contado, pero con mas negras tintas, con intencion mas negra!

Aquellas palabras funestas corrieron de boca en boca, y todas las miradas se fijaron con avilantez en la inocente Rosa, y todos la señalaron con el dedo para cubrirla de infamia!

¡Oh, desdichada de mí!

Pero hay mas, aun hay mas, Adela!

De nuestro corro, la infame calumnia pasó al corro que formaban los hombres.

Rafael la oyó en los labios de un jóven aturdido, y le respondió con una de aquellas ofensas que los hombres no perdonan.

¿Cómo pintarte el tumulto, el alboroto que hubo entonces en la sala?

Rosa debió enterarse de algo, porque la infeliz se desmayó....

¡Oh, Adela! la pluma se cae de mis manos, los latidos del corazon me ahogan; no puedo continuar!.

ANGELA GRASSI.

LA RESIGNACION.

BALADA.

I.

¡Qué lindos eran los ojos de Elvira!...

Negros cual el manto de la noche, sus miradas halagüeñas, espresion tiernísima de los nobles afectos que atesoraba su corazon, tenian encantos que deleitaban el espíritu.

Su faz reunia las suavísimas tintas de las caras angélicas.

Cimbreábase su talle delicado y fascinador, asemejándose á las festivas azucenas de los valles.

Santos y dulces recuerdos se deslizaban por su mente; recuerdos gratos y placenteros que henchian su alma de regocijo.

II.

Era un día risueño.

El cielo brillaba de júbilo.

Las horas resbalaban envueltas en el delicioso perfume de los jazmines.

Elvira, la jóven candorosa, estaba triste.... parecia un lirio azotado por los huracanes.

Asomada á la ventana de su pobre casita, que por lo blanco de sus paredes prestaba mayor interés al

pintoresco paisaje en que triscó en los primeros años de su infancia, exhalaba profundos suspiros, formando singular contraste con los preciosos atavíos de la creación que sonreía de ventura.

Imágenes fatídicas surgían en su lozana fantasía, conturbada por los rumores de la tormenta.

Por eso sufría.

III.

Llegó un día en que la hermosa Elvira, meditando sobre las bellas y lisonjeras palabras estampadas en un misterioso papel, empezó á vislumbrar los serenos resplandores de un porvenir glorioso.

Los sombríos nubarrones que hacían amarga su tierna existencia, iban perdiendo desde entonces su siniestro y pavoroso aspecto.

La fé la acariciaba, y su alma, alumbrada con sus destellos divinos, ascendía á las eternas mansiones.

Lamentaba la ausencia de Enrique.

Elvira lo quería con frenesí, porque era un joven bueno, un joven educado en la escuela de la virtud.

Por su parte el gallardo mancebo respondía á su puro cariño con el mas levantado de los afectos del alma.

Acababa de darle un nuevo testimonio del amor que sentía en su pecho.

IV.

Pero todo pasó como pasan las tardes del estío, esas tardes matizadas de esmeraldas.

La dorada cadena de sus ilusiones llegó á romperse á sus pies.

Enrique, su fiel amante, sucumbió á los duros golpes de la fiera parca, después de una larga y prolongada agonía.

Murió como mueren las flores en los días apacibles de la primavera.

La joven experimentó un pesar inmenso.

Tan infausta nueva hizo fluctuar la débil navecilla de su existencia, porque Elvira cifraba en él su felicidad.

Sin embargo, la casta doncella no se doblegó ante la borrasca que rugía en su pecho.

El veneno de las malas doctrinas no logró penetrar en su corazón virginal.

Elvira cautivaba, no tanto por sus primores físicos, como por las galas seductoras de su alma.

Ella adornaba el hogar bendito... Era el ángel que anidaba en el asilo sagrado de la caridad.

Modelo perfecto de excelentes hijas, se adormía, con mas placer que antes, en el blando regazo de su digna madre.

Las máximas santas y consoladoras la reanimaban, y tributaba ferviente homenaje á una virtud sublime: la *Resignación*.

ROMAN DOLDAN Y FERNANDEZ.

JUEGOS DE NIÑOS.

LAS CUATRO ESQUINAS.

En este juego no pueden entrar sino cinco niños, y cuando haya mayor número, se salva el inconveniente multiplicando los sitios que sirven de esquinas.

Este juego, aunque puede hacerse en una habitación, se acomoda mejor por su movimiento á un jardín ó patio, pues los árboles ó ángulos de las paredes, presentando muchos puntos de apoyo, permiten jugar á mayor número de niños y aumentar la visualidad.

Se elige un cuadro que tenga los cuatro ángulos ó esquinas señalados, ó en su defecto se señalan con una vara clavada en tierra, un sombrero, una silla ó cualquier objeto que se convenga.

Cada niño se coloca en uno de los ángulos, y el que se queda en el centro aguarda á que se muden de sitio los otros para apoderarse del que encuentra desocupado. Colocados así y hecha la señal, con una palmada, empiezan los jugadores á cambiar de sitio, teniendo cuidado de no perder ni el que dejan ni aquel á que se dirigen. En este conflicto, regularmente coge un sitio el de en medio, y el que le pierde se pone en lugar de aquel, y vuelve á empezar el juego. Para que este sea agradable, conviene que los jugadores cambien á menudo de sitio, cruzándose á veces en línea diagonal, que pase por el centro; porque ir siempre á los lados, es hacerlo monótono y dar poca acción al del centro.

Cuando un jugador, después de hacer señal al compañero con quien vá á permutar, deja su sitio antes que el otro se haya movido, y el del centro se



Las cuatro esquinas.

lo quita, la justicia pide que el que ha tardado demasiado sea el desposeído; pero para evitar toda disputa, tiene autorizado la costumbre que pase al centro aquel cuyo sitio halla ocupado.

Este juego es propio de ambos sexos, y uno de los mas á propósito para el ejercicio saludable que tanto contribuye á desarrollar las facultades físicas de los niños.

Siguiendo el método que nos hemos propuesto de que estos juegos y sus grabados nos sirvan de auxiliares para algunas ligeras lecciones de Geometría, haremos observar á nuestras jóvenes lectoras que las líneas que forman los maderos del balconcillo que se vé en el frente son *rectas horizontales*; y como así la de arriba como la de abajo tienen todos sus puntos á igual distancia, ó lo que es lo mismo en todas partes distan lo mismo una de otra, se llaman *paralelas*. Las líneas que cruzándose forman el enrejado del balconaje son *oblicuas* ó *diagonales*, y si se fijan las niñas en los troncos de los árboles verán que estos describen una línea vertical.

P.

CLEMENCIA.

Continuacion.

Los primeros meses que pasó Clemencia en París, estuvieron muy lejos de ser alegres, porque salía rara vez, si bien el aislamiento, la calma y la monotonía de su existencia estaban acordes con el estado de su alma. El amor había sido para ella la tempestad que sorprende al viajero en medio de su camino, el cual si logra evitar el golpe del rayo conserva memoria eterna de él. Su único consuelo consistía en que nadie estaba enterado de su dolor: Clemencia á nadie se lo había revelado, y cada día redoblaba su prudencia para que no se adivinase el estado de su alma. Y sin embargo, la imagen de Julio, como un fantasma querido, estaba constantemente ante sus ojos, y oía su voz, escuchaba sus protestas de cariño y percibía sobre todo el triste adiós á que no había podido responder. Fija siempre en sus pensamientos, leía por recordar sus antiguas lecciones, cantaba juzgando que la imagen de Julio la escuchaba desde la puerta, y de este modo la ausencia, que fué para Julio un lenitivo para su mal, desenvolvió en el alma de la joven toda la vehemencia de una pasión. Mientras así se abandonaba á esas purísimas alegrías de almas privilegiadas, su hermano en cambio se precipitaba por la pendiente á que le arrastraba su ignorancia y su presunción.

Aunque no había merecido grandes deferencias

de sus nuevos jefes, justo castigo á sus locas pretensiones, sus compañeros le habían acogido con predilección por sus maneras pretenciosas, las que se encargaba de justificar presentándose como descendiente de una familia rica, añadiendo que á la muerte de sus padres disfrutaría una pingüe renta. No convenia mucho con sus palabras su modesto destino, que él aseguraba haber pretendido por pasatiempo, y que en breve trocaría por otro mas importante, recorriendo en breve la escala de la administración, protegiendo entonces á sus actuales compañeros. Estos no dieron gran fé á sus palabras, pero se agruparon en torno suyo, y uno de ellos, ligado íntimamente con un actor del teatro del Ambigú, proporcionó á Augusto billetes para este teatro y para el de la Gaité; allí le presentaron á algunos actores y actrices, á las que concedía un mérito extraordinario. Semejante sociedad no era seguramente la que Madama Ogé anhelaba para su hijo, cuyas distinguidas maneras la llenaban de orgullo. Por dicha, Augusto no tardó en hacer relacion con Mr. Oscar Jolibois, que desde luego le demostró ser superior en posición y talento á sus otros amigos.

Sus compañeros, que respetaban á Mr. Oscar, como jefe que era, se separaron un poco de Augusto al verle ligado á él, y tratando de ser completamente su hechura.

Oscar presentó á su nuevo amigo en casa de la esposa de un abogado, que daba magníficos bailes, en los que Augusto pudo desplegar todo su amor al lujo, y donde conoció á Mr. Pommerral, joven de buen tono, astro brillante del cual Oscar era un pálido reflejo. Augusto quiso desde luego estrechar amistad con aquel tipo de elegancia, principiando por ofrecerle un modesto desayuno en una de las fondas mas elegantes de París.

Pero dejemos al hermano de Clemencia avanzar por esta peligrosa senda alfombrada de flores y bordeada de precipicios, para volver los ojos á su hermana y á su madre.

Aclimatadas ya en París, y despues de dar algunos toques de gusto á sus trajes, cuestion de la mayor importancia segun Augusto, se pensó en hacer algunas visitas, dando la preferencia á las personas á que habían sido recomendadas y que podían servir á Augusto en su carrera, personas que las recibieron con alguna frialdad, haciendo comprender á Mad. Ogé que la viuda de un administrador de aduana que representa gran papel en una capital de provincia, era una persona insignificante en París. Por fortuna aquel mismo día recibieron una agradable impresion, que fué como un lenitivo á sus amarguras.

No habrá olvidado el lector á Laura Monti, la brillante artista que desempeñó tan principal papel en los primeros triunfos de Clemencia. A la fecha en que marcha nuestra accion, Laura Monti no era la

primera tiple de una compañía de ópera, sino la esposa del conde Alberto Williers, y los periódicos, que en otro tiempo ensalzaban sus glorias artísticas, no la citaban mas que para referir alguna obra de caridad.

Clemencia manifestó algun deseo de visitar á su antigua amiga, y Augusto, fascinado por el título de Condesa que ostentaba, añadió que era un deber del que no se podía prescindir.

—Ay! hijos míos, exclamó melancólicamente Madama Ogé; hoy rodeada de tanta grandeza acaso no nos reconocerá.

—Estoy segura de lo contrario, replicó con seguridad Clemencia; y tomando un carruaje de plaza se le dió orden de dirigirse al palacio de Williers, situado en el barrio de Saint-Honoré. Detúvose el carruaje en un magnífico pórtico, ante unos escalones de blanco mármol, que Clemencia subió con abandono y Augusto sin poder disimular su admiración. Cuando penetraron en su lujosa antecámara, un criado se presentó á saber el nombre de las señoras, á lo cual contestó Clemencia con dulzura:

—La señora Condesa no nos ha visto hace mucho tiempo, y acaso habrá olvidado nuestro nombre: prefiero escribirle algunas líneas.

Y se puso á escribir rápidamente en una hoja de su tarjetero, mientras Augusto murmuraba al oído de su madre:

—Sabes que debe ser muy rica esta señora, para habitar un palacio semejante en París?

Y cuando vió que el criado se alejaba, exclamó:

—Hermana, tienes una magnífica amiga, que acaso nos convidará algun día á comer.

El criado abrió la mampara diciendo cortesmente que pasasen, proporcionando nueva sorpresa á Augusto, que contemplaba con asombro los diferentes salones que atravesaban, en los que competían el gusto y la riqueza. Clemencia por el contrario, solo pensaba en su amiga, á cuyos brazos corrió con candor cuando la Condesa se presentó á la puerta de su gabinete.

—Querida Clemencia, niña adorada, exclamó Laura con su viveza italiana abrazando con cariño á la jóven, ¡siempre tan hermosa! Digo mal, mucho mas bella hoy que cuando nos conocimos. Pero sentaos, exclamó volviéndose á Mad. Ogé, que con su hijo presenciaba muda tan lisonjero acogimiento. Este jóven es vuestro hermano sin duda? ¡Cómo ha corrido el tiempo para todos! Solo que á nosotros nos hiere, mientras á vos os acaricia. Pues lo veis, querida mia, hoy soy una gran señora á quien no le es permitido cantar en público, y se contenta con lanzar sus trinos ante trescientas ó cuatrocientas personas que se dignan honrar sus salones y la aplauden por cortesanía. Ah! yo los trocaría con gusto por los espectadores que no invitaba, y á los que no te-

nia que ofrecer refrescos... pero no hablemos de eso. ¿Y vos? ¿por qué dichosa casualidad os veo en París, en mi casa, al lado mio?

Augusto y su madre estaban admirados de tan cordial acogida, y la primera refirió en breves palabras las vicisitudes por que habían pasado hasta llegar á aquel dichoso encuentro.

—Oh! gracias, gracias, exclamó Laura estrechando las manos de Clemencia, llegais como una esperanza para mi corazón, como un consuelo; porque hoy en torno mio la naturaleza está muerta, y al veros á mi lado creo que renace y que vuelvo á los años felices de mi vida, ¿y vuestra voz? y mis consejos? si hubierais crecido en talento como en belleza me confesaría celosa. Y dirigiéndose al piano con su natural viveza llamó á la jóven á su lado, y presentándole un papel de música, exclamó:

—Veamos este duo del *Tancredo* que tan bien cantábais algun día.

Cuando terminó el duo, la Condesa permaneció silenciosa, con los ojos fijos en el teclado.

—¿Estais descontenta de mí? murmuró la jóven dulcemente.

—Por el contrario, me lisonjeaba de seros útil todavía, y veo que no teneis necesidad de mí.

Clemencia creyó comprender que su maestra envolvía bajo aquel elogio estudiado una verdadera censura, y calló sin sentirse herida ni humillada, porque el verdadero talento no tiene nunca conciencia de su propio valor.

—¿Con quién habeis estudiado despues que nos separamos? prosiguió la Condesa.

—Con nadie! he estudiado sola.

—Pues en el día yo os autorizo para dar lecciones á los demas. Sin embargo, no se canta con tal expresion, con tal sentimiento, sino cuando se tiene un maestro ó una pasión. ¿Habrá sido el amor vuestro profesor incógnito?

Clemencia palideció de repente, y su madre añadió con candidez que no conocía á su hija ninguna inclinacion, mientras Augusto añadía que su hermana había rehusado algunos partidos brillantes.

—Pues no lo comprendo, exclamó la Condesa; pero dejando á un lado esos misterios, voy á pedir os una gracia: mañana vienen á casa algunas personas de alto rango, amigos de mi marido, y humildes artistas que todavía conservo de los míos. Ofrecedme señora que me hareis el honor de traer á esta pequeña fiesta á vuestra hija... y á vuestro hijo, añadió dirigiéndose á Augusto, que ya hacia á su madre señas afirmativas.

Mad. Ogé aceptó la invitacion, y Laura indicó á Clemencia que cantarian el duo que acababan de ensayar, y alguna otra pieza que le citó.

La jóven trató de escusarse, alegando su escaso mérito, cuando Augusto, contrariado por el secun-

dario papel que desempeñaba, tomó parte en la conversacion, exclamando que era de muy mal tono hacerse desear tanto.

Con esto se cortó la conversacion, acordando ir á la noche siguiente.

Clemencia con esta visita obtuvo un beneficio inesperado: su madre la sonreía con mas cariño, y Augusto hablaba sin cesar de la Condesa, esperando que ella seria una providencia para la familia, y que en sus salones se relacionaria él con personajes de la mas alta importancia. Desde aquel instante se olvidó de Oscar y Jolibois, como antes se habia olvidado de otros, y hasta de los bailes de la esposa del abogado, recomendando á su madre y á su hermana que comprasen flores y adornos para presentarse bellas, atendiendo él tambien á los cuidados de su traje.

Al dia siguiente á las nueve de la noche, la familia Ogé penetraba en los salones de la Condesa, iluminados con profusion de luces y adornados con macetas de flores, cuando todavia la concurrencia era muy escasa, contándose apenas una docena de personas en torno de la Condesa, á las que presentó á Clemencia. La jóven causó en todos los ánimos agradable impresion á pesar de su sencillo traje de tul blanco y sus rosas naturales en la cabeza, único adorno que se habia puesto por complacer á Augusto, y que hacia resaltar sin artificio su espléndida belleza. Poco á poco los salones se fueron llenando, y los nombres mas ilustres de la época fueron llegando á oídos de Clemencia y de su atónito hermano.

Cuando la jóven tuvo ocasion de hablar á su amiga y profesora, murmuró confusa:

—Dispensadme, señora, de cantar por esta noche; solo me habiais hablado de algunos amigos, y cuanto París encierra de ilustre, se encuentra aquí.

—¡Dispensaros de cantar! imposible, querida mia, añadió riendo la Condesa. Cantareis, si es que merecen algo los consejos que os dí en vuestros primeros años. Os he anunciado además, como discípula mia, y debéis cantar, y cantar bien, para dejar satisfecho mi amor propio.

—Bien quisiera, pero no podré dominar mi turbacion.

—Ayer, sin embargo, no tuvisteis miedo delante de mí, que soy un juez algo mas competente que esos diplomáticos que os asustan, añadió Laura. Además, yo no os he anunciado como una celebridad, sino como una principianta que merece indulgencia. Pero es tiempo de comenzar, venid.

—Esperad un cuarto de hora siquiera, estoy demasiado conmovida.

—¡Qué niña sois! ¿Habeis oído el nombre de algun compositor, de algun artista de primer orden? Ingrata! os he escogido un público de ignorantes, y ya comprendereis que nada ganariais en cantar mal.

Al cabo de un cuarto de hora, Clemencia con paso firme y sereno rostro se dirigió al piano, escitando un murmullo de aprobacion por su belleza y modesto porte.

Listz acompañaba, y tocó el *ritornello* de una manera magistral; la Condesa dijo sus primeras frases, y Clemencia, sin tener ya conciencia de lo que pasaba en torno suyo, y como acariciada por aquella voz tan conocida, fué poco á poco mostrándose tal cual era, hasta terminar el duo con una espresion, con una ternura, que escitó el entusiasmo general, rodeando todos los convidados á las dos artistas para colmarlas de elogios, elogios prodigados por desgracia con demasiada frecuencia en la sociedad, y que viven solo en la memoria de quien los ha merecido.

—¿Estais contenta? exclamó la Condesa al oído de la jóven.

—¡Oh, señora! mas bien confundida por vuestra amabilidad, porque al asociarme á vuestro triunfo, me haceis partícipe de los aplausos que os prodigan.

—Muy bien, ¿creeis que los aplausos que escuchábamos eran solo dirigidos á mí? para sacáros de vuestro error, cantad vuestra romanza y yo os acompañaré al piano.

Al cabo de un instante, un religioso silencio le advirtió que todos escuchaban, y cambiando una última mirada con la Condesa, principió á cantar.

¿Habeis escuchado el canto de amor que el ruiseñor lanza escondido en la verde enramada? ¿Habeis permanecido sin respirar, por no perder un eco del sublime cantor? ¿Habeis oído los maravillosos acordes que en medio de la soledad lanza al espacio, y deben llegar hasta el trono de Dios, mezclándose al celestial concierto de los ángeles? Pues dicha tan rara disfrutaron los que se hallaban reunidos en el palacio de Laura Monti. A sus oídos llegaba un acento angelical que sonreía, que lloraba, que impresionaba á todas las almas y comunicaba sus propios sentimientos á todos los corazones.

¡Qué entusiasmo, qué frenesí! Toda la concurrencia se estrechaba por llegar hasta ella y prodigarle alguna palabra lisonjera; mientras la jóven, sin poder soportar el peso de su triunfo, enjugaba sus lágrimas. ¡Su alma sencilla no estaba templada al calor de semejantes impresiones!

De repente, un caballero desconocido se acercó á ella, murmurando:

—Señorita, soy el director del teatro italiano, y os ofrezco cincuenta mil francos por tres meses, si quereis debutar este invierno.

La jóven no supo qué contestar á estas palabras, y la Condesa, comprendiendo el estado en que se hallaba su alma, la sacó fuera del salon, exclamando así que la vió mas tranquila:

—¡Comprendo, querida mia, que esteis fatigada: habeis caminado mucho en una hora! Clemencia por

toda contestacion dejó correr su llanto, lamentando aquella ovacion que nunca habia codiciado.

Cuando Laura la instó á volver al salón, manifestó su deseo de retirarse, y su amiga, compadecida de ella, hizo avisar á su madre y á su hermano:

—¿Sabes, querida, que tienes millones en tu garganta? ¡Todos lo repetian junto á mí!

—¡Ah! si su padre viviera! esclamaba su madre conmovida.

—El director del teatro italiano te ha ofrecido cincuenta mil francos, y te daría mucho mas si tú quisieras, continuó Augusto. Por este medio llegarías á ser rica, y podrías casarte con algun gran señor que valdria mas que el hijo de Mr. Moreau: el pobre Julio era demasiado feo para tí.

Y Augusto se dirigió á su cuarto tan satisfecho, que apenas cogia en su nuevo traje.

Clemencia, sola en su cuarto, creyó ver la imagen de Julio que la dirigia tiernas reconvenciones y la tendia los brazos, como el solo refugio donde podia esquivarse al brillo engañoso del mundo.

(Se continuará.)

JOAQUINA G. BALMASEDA.

ARDID DE UN MÚSICO.

El doctor Arm, célebre músico inglés, yendo de viaje se detuvo en una posada, donde por la mucha gente que llenaba la casa encontró gran dificultad en proporcionarse qué comer. Solamente habia quedado un trozo de carne que acababa de condimentarse é iba á servirse en la mesa de unos caballeros. Al enterarse de esto, Arm sacó de su bolsillo un rollo de cuerdas de violin, y encontró medio, sin ser visto, de cortarlo en pedacitos muy pequeños y esparcirlos sobre el deseado plato, en términos que parecia cubierto de gusanos. Cuando se sirvió á los caballeros, estos se incomodaron fuertemente con el mozo por haber tenido el atrevimiento de presentarlo, y se lo mandaron retirar inmediatamente. Arm, que aguardaba este resultado, se lo pidió en seguida al mozo, diciéndole que él veria si podia aprovecharlo, y despues de habérselo comido con gran placer separando los supuestos gusanos, refirió la broma, se dió á conocer, y todos lo celebraron á espensas de los escrupulosos caballeros.

Esplicacion del pliego de Dibujos.

NUM. 1. Dibujo para *saquito*, ó caja para guantes, bordado al *pasado* sobre *moiré* blanco: despues de concluido de bordar, se forma un *saquito*, cuyo reverso queda de *moiré* liso, poniendo entre la hoja bordada y el forro una capa de algodón en rama rociado de polvos de olor, y si se prefiere caja, se formará con cartulina y los cantos de *moiré*, cubriendo las uniones con un grueso cordon de oro ó seda.

NUM. 2. *Cenefa* para falda interior de cachemir bordada á *punto ruso* y *cadenea* con torzal de color.

NUM. 3. *Otra idem* para igual objeto, ó enagua blanca bordada con *trencilla* blanca ó de color.

NUMS. 4 y 5. *Cuello* y *puño* bordados á *punto ruso* con negro.

NUMS. 6, 7, 8 y 9. *Escudos* bordados á *plumetis*.

NUM. 10. *Babero* bordado á *minuto*.

NUM. 11. Dibujo para *acerico*, bordado con *matices* de sedas sobre raso ó *moiré*.

NUM. 12. *Cenefa* bordada con *trencilla* para trajes de niño.

NUM. 13. *Cenefa* para entredoses bordada á *plumetis* y *minuto*.

NUM. 14. *Otra idem* para enagua, bordada con *trencilla* y á la *inglesa*.

NUMS. 15 y 16. *Cenefas* estrechas para escotes de camisa.

NUMS. 17, 18 y 19. *Escudos* bordados á *plumetis*.

NUM. 20. *Cenefa* para falda, bordada como la del núm. 2.

NUM. 22. *Letras* bordadas á *plumetis*.

A la espalda van patrones de camisa y pantalon de mujer, que no dudamos agradecerán todas las suscriptoras laboriosas. Esplicadas van con sus correspondientes letreros las tres piezas que constituyen la camisa, que debe además llevar su canesú y el largo que se desée. La pieza núm. 4 que no lleva letrero, corresponde al pantalon, y sirve para las dos hojas, debiendo añadirse en las dos por la parte superior y por detrás el pedazo núm. 5.

AURORA PEREZ MIRON.

Por lo no firmado

El Director y Editor propietario, P. J. de la Peña.

Editor responsable: D. LEON MORAN.

MADRID.—1865.

IMPRENTA DE M. Campo-Redondo.—OLMO, 14.